

Un análisis acerca del papel de las Humanidades en la *paideia* cristiana

José Ángel Agejas Esteban

Doctor en Filosofía, Catedrático de Ética, Universidad Francisco de Vitoria.

1. Planteamiento de la cuestión

Entre los muchos interrogantes que en este cambio de época –según conocida expresión del papa Francisco: «no estamos viviendo simplemente una época de cambios, sino un cambio de época»¹– se plantean acerca de la formación integral del joven destaca de manera particular el de la idoneidad y necesidad de los estudios humanísticos. El avance las tecnologías, en particular de la Inteligencia Artificial (IA), los descubrimientos científicos, la penetración económica, cultural y social de la informática y sus potentes herramientas, la omnipresencia de lo audiovisual y la realidad virtual... ¿no suponen una enmienda fáctica a la propuesta de invertir tiempo y esfuerzo en conocer la lengua y literatura grecolatina?

No voy a dedicar el poco espacio del que dispongo a exponer y analizar todos los argumentos a favor del cambio y adaptación a los usos digitales y el conocimiento de lo nuevo en ciencia y tecnología. Sin duda no se trata de cambios accidentales y la citada expresión del papa Francisco recoge, en parte, esa realidad. Entiendo que puede ser de mayor relevancia conocer y comprender qué supone y aporta la formación humanística para valorarla en su justa medida como uno de los ejes fundamentales de la configuración de la mente y de la personalidad del joven estudiante. No se trata de contraponer ventajas de uno y otro tipo de formación, que ambos las tienen, sino de mostrar de la forma más gráfica posible cómo las Humanidades suponen un medio imprescindible para la formación de la personalidad del cristiano.

No se trata, por tanto, de defender el aprendizaje del latín o del griego como un ejercicio intelectual más, sino de identificar aquellas razones y motivos que están en la raíz del valor único de las

¹ FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Romana con motivo de las felicitaciones navideñas*, 21 de diciembre de 2019, en https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/december/documents/papa-francesco_20191221_curia-romana.html [consultado el 27-08-2025].

Humanidades clásicas y que las convierten en irremplazables. Así pues, no partimos de un enfrentamiento sino de un contexto social, cultural y académico en el que mostrar la aportación única de las Humanidades (y lo que perdemos si se pierden en la formación).

El hilo argumental de mi exposición tiene como objetivo ir mostrando el modo en que las Humanidades clásicas y el anuncio cristiano pasaron de un encuentro fecundo que conformó el Occidente cristiano. El encuentro salvífico con Cristo no se puede encerrar en un conocimiento teórico ni en un discurso moral... de ahí que, sin la formación de la imaginación, la mente y la voluntad, dicho encuentro resulta limitado, parcial o manipulador.

Por ello, en primer lugar, delimitaré a qué me refiero cuando hablo de Humanidades clásicas (el concepto de humanidades en general es más amplio pero tiene en ellas su analogado principal) para hacer ver, en un segundo momento, que no podemos perderlas sin perder el sustrato de nuestra *paideia*, de nuestro proyecto formativo. La razón de ello (lo veré en el punto cuarto) reside en el encuentro originario que se dio entre los mundos judeocristiano y heleno. De ese encuentro surgió la *paideia* cristiana, el modo de configurar al sujeto cristiano que se extendió durante el primer milenio de nuestra era. El sexto apartado mostrará cómo en el origen mismo de la universidad las Humanidades se consideraron un previo, una preparación necesaria pero no parte del trabajo científico propio de las nuevas facultades. Que el método científico desarrollado para el nacimiento de las ciencias marcó un punto de inflexión que, como diré en el punto séptimo, ha vinculado la crisis de las Humanidades con la de la relación entre fe y razón. Roto el proyecto originario los distintos elementos del trípode de la formación se desestabilizan. Concluiré, por tanto, defendiendo que el estudio de las Humanidades supone recuperar la sabiduría capaz de conformar integralmente al sujeto humano y posibilitar el estudio del resto de las ciencias, de la filosofía y la teología como auténtica formación personal y no solo como conocimientos abstractos y ajenos.

2. Delimitación de las Humanidades

Los centros de enseñanza media aplican unos planes de estudio en los que cada vez queda menos espacio para asignaturas «de letras». Y, con la casuística propia de cada país, aún han quedado más marginadas, cuando no han desaparecido por completo, las asignaturas de latín y griego, reducidas a poco más que elementos de cultura clásica en los que se agolpan anécdotas de filósofos, batallas famosas, unas pizcas de etimologías curiosas... y elementos de mi-

tología. Cuando hablamos de recuperar las Humanidades, ¿exactamente a qué nos referimos? ¿Solo a las Humanidades propias de la Grecia y Roma clásicas?

Decía el escritor Italo Calvino que «[l]os clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres)»².

Hay, por lo tanto, muchos más autores y obras clásicas que las que podemos estudiar de la época de la Grecia y la Roma clásicas. ¿Podríamos considerarlos como parte de los estudios de Humanidades? Sí, precisamente por lo mismo que señala el autor italiano en su definición: porque en ellas encontramos las huellas que han dejado los libros precedentes que han conformado la cultura y porque, a su vez, también alargan su presencia dejando huella en la cultura. Como expone Tamayo, se trata de unas Humanidades

que enseñen un pensamiento estructurado y crítico, aporten contenidos culturales universales importantes y preparen para expresarlos con corrección y eficacia. [...] De unas humanidades que contribuyan al desarrollo integral de la persona en sus distintas facultades: su inteligencia, voluntad, imaginación, memoria, sensibilidad interna y externa. [...] De unas humanidades que valoren las realizaciones culturales del pasado y del presente y capaciten para apreciar debidamente las aportaciones del futuro³.

Sin querer ser restrictivo definiendo que una adecuada formación humanística implica centrarse especialmente en el estudio del mundo clásico grecolatino, de su lengua, su arte, su historia y su literatura. Como señala Bettini,

Si ya no se lee la *Eneida*, u otros clásicos similares, perderemos progresivamente el contacto no solo con el mundo romano, sino también con lo que vino *después*, esto es, con todas las creaciones del pensamiento que se han nutrido de esos libros. Si perdemos a Virgilio, también perdemos a Dante o, al menos, una parte importante de su creación a lo que se añade una larga cadena que llega hasta ayer. El hecho es que un cambio radical de enciclopedia cultural se asemeja, en un cierto sentido, a un cambio de alfabeto⁴.

Un último punto que me parece reseñable dentro de esta apuesta por el estudio de las Humanidades clásicas tal y como las acabo

² I. CALVINO, *Por qué leer los clásicos*, Tusquets, Barcelona 1992, 15.

³ F. TAMAYO, *Humanidades clásicas. Legado perenne. Historia. Valores. Propuestas*, México 2022.

⁴ M. BETTINI, *A che servono i Greci e i Romani?*, Giulio Einaudi Editore, Torino 2017, 50. (La traducción es nuestra).

de especificar guarda relación con esta última nota de Bettini. Y es que sin ese estudio estamos perdiendo la capacidad de conocer quiénes somos en verdad y comprendernos en lo más profundo de nuestra humanidad. Si cambiamos el alfabeto podemos identificar datos, pero sin comprenderlos como parte de un relato biográfico e histórico. Perdemos la memoria personal y comunitaria.

3. El alfabeto de la *paideia*

El siguiente paso en nuestro argumento, por tanto, consistirá en mostrar de qué manera el aprendizaje de este alfabeto conforma la manera de ver, sentir, querer y conocer propia de la cultura occidental en su síntesis entre herencia grecolatina y revelación judeocristiana. Las Humanidades no son fines en sí mismas, sino el mejor medio para formar íntegramente a la persona y, como consecuencia, suponen el paso previo para aprovechar en toda su honra la formación universitaria en general y la filosófica y teológica en particular.

La mente del joven estudiante que llega al estudio de la Filosofía y la Teología tras su paso por la Enseñanza Media ya no ha recibido las formas culturales clásicas de Occidente. La fragmentación cultural, la posmodernidad, la crisis de la educación, entre otros muchos factores, han provocado que datos y categorías culturales que nos permiten entender quiénes somos y cuáles son nuestras raíces hoy ya sean de dominio general. Desde hace tiempo muchos profesores de arte, por ejemplo, se quejan de que sus alumnos son incapaces de entender más del 90 por ciento de los cuadros de los grandes museos o los retablos de las iglesias. Esto es solo un síntoma externo de algo más profundo. Porque del mismo modo que carecen de referentes para entender la escena representada en un cuadro o un tapiz, tampoco se puede dar por sentado que van a comprender que las categorías filosóficas (con las que luego también se hace la Teología) responden a un relato específico sobre el ser humano, la razón, el papel de la libertad, la cosmología, etc. Quien estudia la Filosofía griega y medieval sin una adecuada formación en las Humanidades clásicas lo hace como quien estudia el budismo, el hinduismo o las religiones animistas: no va a ver más que una teoría entre otras, lejos de un modo de explicación racional necesario en diálogo con la fe que le configura desde lo más íntimo.

Las Humanidades clásicas son el humus, el colágeno de Occidente y sin un conocimiento adecuado de ellas perdemos la capacidad de comprender y comprendernos: sin su estudio perdemos las categorías que dan lugar al mito fundacional de nuestra civilización y que lleva al encuentro fecundo con la Revelación ju-

deocristiana. De acuerdo con la conocida expresión del primer presidente de la República Federal Alemana, Theodor Heuss, «Europa nace sobre tres colinas: el Gólgota, la Acrópolis de Atenas y el Capitolio de Roma»⁵.

Estudiar Humanidades clásicas supone acudir a la fuente originaria que nos permite entender y explicar nuestro mundo, ese Occidente que durante veinte siglos ha dado lugar a formas de organización económica, social y política, de arte, de cultura... fruto del encuentro de esas tres colinas. Sin las Humanidades, el estudio de dichas instituciones supone un acercamiento ajeno. Solo cuando se comprende su origen, cuando se accede a la narración del mito fundacional, se vive y encarna como algo propio. Los mitos propios de la sabiduría clásica eran portadores de semillas de verdad que, en el encuentro con la Verdad del mito cristiano –el «mito verdadero» de acuerdo con el sentido que le da Tolkien y que supuso la conversión de su amigo C.S. Lewis tras la famosa conversación del 19 de septiembre de 1931 mientras caminaban por *Addison's Walk* y que relataron en distintos libros, cartas y testimonios⁶–, generan una forma cultural capaz de dar razón y comunicar con propiedad un mundo pleno de sentido.

Las Humanidades clásicas aportan todos los elementos propios de la *paideia* griega que luego devendrá en *paideia* cristiana, como veremos. El arte de entender y comprender bien para vivir bien supone el arte de sentir bien. La *paideia* griega consistía, básicamente, en enseñar a integrar sentimientos, emociones y acciones en la propia vida, en la narración biográfica que cada uno tiene que escribir.

Como recuerda Jaeger en su monumental *Paideia*, era una opinión muy extendida en tiempos de Platón que «Homero había sido el educador de la Grecia toda»⁷. Y el propio Aristóteles expresaba en su *Poética* hasta qué punto la formación del carácter para la vida ética (o lo que es lo mismo, para la formación integral del ciudadano) no depende del filósofo sino, precisamente, del literato, del *tragoceda*. En la *Poética* hace depender la belleza de la composición de las fábulas de «una imitación de la acción y, por lo tanto, principalmente de los que actúan»⁸. Y dado que la finalidad es lo más importante, en la obra narrativa ésta es tanto el mito como el modo en que se narra. La narración propone, por medio de la mimesis, otra mimesis. De ahí su carácter formativo. De ahí su potencia. Y de ahí la necesidad de aprender el complejo alfabeto que supone

⁵ T. HEUSS, *Reden an die Jugend*, Wunderlich, Tübingen 1956, 32.

⁶ Cf. H. CARPENTER, *Los Inklings*, Homo Legens, Madrid 2008, 84; C.S. LEWIS, *Cautivado por la alegría*, Encuentro, Madrid 2016, 195-197.

⁷ W. JAEGER, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, FCE, Madrid 2001¹⁰, 48.

⁸ ARISTÓTELES, *Poética*, 1450b3, Alianza, Madrid 2017, 50.

el entramado de literatura, arte y cultura generado en Grecia con el que la Revelación entró no solo en contacto, sino en auténtico diálogo dando lugar a una *paideia* cristiana, que supone y necesita de aquella para expresarse en formas universales. Como señaló Daniélou:

El estudio de la actitud de los primeros doctores cristianos ante Homero y Platón constituyó una profundización de lo que hemos caracterizado como el discurso misionero. Era necesario, en efecto, que los cristianos se definieran a la vez en su continuidad, en su superación y en su ruptura frente al helenismo. [...] El cristianismo supone la aparición de una realidad completamente nueva, pero también se afirma como heredero legítimo de la razón helénica y la fe bíblica⁹.

4. El encuentro originario

Habiendo delimitado a qué se refieren las Humanidades clásicas y una cierta necesidad de alfabetización humanística, en los siguientes apartados me propongo describir, primero, cómo fue posible ese encuentro originario entre cultura griega y revelación judeocristiana; segundo, a grandes rasgos, cómo de hecho se configuró la nueva *paideia*; y, finalmente, cómo la crisis de las humanidades ha ido de la mano de los desencuentros entre fe y razón hasta el punto en el que nos encontramos.

Si mi planteamiento argumental es acertado, los hitos principales del relato mostrarán cómo las Humanidades clásicas han jugado un papel esencial en la configuración de la mentalidad occidental por un lado y, como consecuencia, en la manera de estar y vivir del cristiano en el mundo. El profundo encuentro originario se dio desde lo que podemos considerar el núcleo fuerte de cada una de las culturas, de las formas de relación con la realidad que habían configurado la mentalidad griega y la hebrea, respectivamente. Ha pasado ya un siglo desde que se abrió en el mundo de la investigación teológica la polémica sobre la helenización del dogma sobre la que se ha escrito muchísimo. Creo que ayudan mucho a comprender el error de fondo que desató la polémica las alusiones y precisiones que hizo sobre la cuestión el papa Benedicto XVI en su discurso del 12 de septiembre de 2006 en la Universidad de Ratisbona¹⁰.

⁹ J. DANIELLOU, *Mensaje evangélico y cultura helenística*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2002, 195.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006, en <https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/spee->

Allí puso el foco en lo radicalmente novedoso del encuentro entre fe y razón, entre Revelación judeocristiana y Filosofía griega. Baste recordar la pregunta de la que parte todo su argumento: «La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale siempre y por sí mismo?». Por primera vez en la Historia hubo personas dispuestas a confrontar la fuente de sus convicciones desde el anhelo por conocer la Verdad.

El Santo Padre afirmó en su magistral discurso cómo el imprescindible y necesario diálogo entre fe y razón se inició en el encuentro entre filosofía griega y fe judía en la comunidad hebrea de Alejandría en el siglo III a.C. y siguió luego con los Padres Apostólicos. Hablamos, pues, de un período de tiempo de unos seis siglos, no de un evento circunstancial como podría ser el discurso del apóstol Pablo en el Areópago, por ejemplo. Si por «helenizar» entendemos ese diálogo entre fe y razón, entonces no existiría ninguna polémica pues dicho proceso no solo supuso una limitación sino, todo lo contrario, un enriquecimiento y una potenciación de ambos elementos (fe y razón, Revelación y Filosofía). El encuentro fue fructífero y aportó novedad, de ahí que conocer los elementos esenciales de un ambiente cultural que lo favoreció o, casi podíamos decir que lo requirió, se convierte en una exigencia crítica. El estudio de las Humanidades, en consecuencia, no es un simple barñiz de erudición sino una necesidad.

Una última observación acerca de este discurso papal y de nuestro punto de partida. Benedicto XVI aborda más adelante cómo la pretensión de «deshelenizar» el dogma tras la polémica suscitada por Harnack (1851-1930), ha ido invadiendo la teología moderna. El papa viene a decirnos que hay una relación directa entre esa crisis de la teología y la crisis de la cultura occidental porque se trata de una crisis de la razón. Parto, pues, de este vínculo estrecho entre fe, razón y cultura para anclar el argumento acerca del valor del estudio de las Humanidades clásicas. Que uno de los discursos más emblemáticos del pontificado de Benedicto XVI tuviera como interrogante central la relación entre fe y pensamiento griego ofrece muchísimas oportunidades de desarrollo y reflexión, además de las apuntadas por el propio papa. Y una de ellas es la que me propongo esbozar en estas páginas en relación con el papel de las Humanidades clásicas.

Y la razón es sencilla: ¿acaso se puede entender y estudiar la filosofía clásica y medieval sin haber asimilado e incorporado la *forma mentis* en la que surgió? Entiendo que no. Los grandes tratados de

Filosofía y Teología no son un mero discurso racionalista acerca de las cosas divinas y humanas. Como espero mostrar, la crisis de las Humanidades ha ido y va de la mano con la crisis de fe que, también, es una crisis cultural. La unidad de fondo del relato que nos explica a nosotros mismos, quiénes somos y qué misión tenemos en la vida no puede separarse del discurso sobre Dios y su obra y del modo en que la razón ayuda a dar cuenta de todo ello.

5. Genealogía de esta *paideia* cristiana

Nos queda mostrar en este momento cómo los cristianos transformaron, al tiempo que la asumían, la *paideia* griega. La defensa del estudio de las Humanidades clásicas como elemento de la formación integral tiene en este punto su justificación. En un diagnóstico acerca de la crisis de las Humanidades publicado hace medio siglo en Inglaterra podíamos leer lo siguiente:

Hace cien años, quizá cincuenta, incluso veinte, había una tradición cultural basada en las lenguas clásicas, las Sagradas Escrituras, la historia y la literatura, que servía como lazo de unión entre las clases dirigentes e imponía una determinada imagen del *gentleman*. Era una extraña mezcla de principios humanistas y orgullo nacional. [...] las humanidades se encuentran en una encrucijada, en un momento crítico de su historia: o cambian la imagen que presentan de sí mismas, adaptándose a las necesidades de una sociedad dominada por la ciencia y la tecnología, o se ven abocadas a refugiarse en la vulgaridad social¹¹.

Aunque coincidamos en el diagnóstico de la crisis y en la necesidad de las Humanidades para afrontar los cambios sociales y culturales no podemos proponerlas como una especie de club de imagen elitista. Por el contrario, era la adquisición de una *forma mentis* propia lo que provocaba un modo de ser y de obrar deseable. No se tienen que adaptar al avance de la ciencia y de la técnica porque no compiten en la misma liga: son el marco desde el que se entiende la liga en que juegan el resto de las ciencias. Las Humanidades siguen vigentes porque todos reconocen que si bien las ciencias y la tecnología aportan contenidos y medios inimaginables antes... necesitan una imaginación que los coloque en su sitio, que los dote de fin y significado. Propongo otra síntesis personal y una exposición del sentido de las Humanidades que hizo un siglo antes otro inglés: el cardenal Newman.

La primera conferencia de la segunda parte de su libro *La Idea de la Universidad*, «Cristianismo y letras», inicia con una afirmación tan clara como provocativa: al inaugurar la Facultad de Filosofía y

¹¹ J.H. PLUMB, *Crisis en las humanidades*, Planeta, Barcelona 1973, 9.

Letras –o como se llamaba antes, señala, Facultad de Artes– defiende que

los estudios que esta Facultad alberga son casi el objeto directo y el alimento básico del ejercicio intelectual propio de la Universidad. A pesar de la particular conexión que históricamente ha existido entre las instituciones universitarias y ciencias como la Teología, el Derecho y la Medicina, no es despreciable en absoluto el hecho de que la Universidad se base formalmente y viva, con toda vehemencia, de la Facultad de Artes, o Humanidades¹².

Claro que el Cardenal entiende y defiende la vinculación entre estas cuatro facultades mencionadas como quehacer universitario. Pero sin descuidar cuál es el «alma» que alienta la auténtica vida universitaria. Porque es el alma de la civilización. Newman defiende con claridad, y por lo mismo, con toda incorrección política, que la civilización grecorromana es la civilización por antonomasia, porque es la única en la que se cultivó el estudio de lo esencialmente humano. Que fue lo que a su vez hizo posible que acogiera en su seno, para que la fecundara, el acontecimiento de la Revelación.

Inicia así un breve recorrido sobre los fundamentos de los *studia humanitatis*, con la descripción de la tradición homérica y su grandeza, de cómo esos libros, apenas escritos, empezaron a configurar la *paideia*, la educación de los niños, y cómo de ellos surgieron, con toda naturalidad, el *Trivium* y el *Quadrivium*: la educación liberal.

Y así se formó una escuela intelectual específica, fundada en ideas y métodos de un carácter particular, un carácter (podríamos decir) de lo más elevado y verdadero, que poco a poco amalgamó, asimiló y se posesionó de esa muchedumbre de naciones que he considerado que representa a la humanidad y abarca el *orbis terrarum*¹³.

Resulta muy interesante leer estas páginas para comprender cómo considera que las obras literarias griegas y romanas han sido hasta ese momento el instrumento de educación y cómo el nacimiento de la Universidad, con sus ciencias y facultades en el siglo XII, no supuso la desaparición de su estudio. Al contrario, insiste, se apoyaban en esa cultura previa, «en el carácter especial de esa Civilización que está tan íntimamente asociada con el Cristianismo que puede incluso llamarse la tierra de que se alimentó el Cristianismo».¹⁴ Recojo aquí algunos hitos del origen de esa síntesis.

¹² J.H. NEWMAN, *La idea de la Universidad. II. Temas universitarios tratados en lecciones y ensayos ocasionales*, Encuentro, Madrid 2014, 33.

¹³ J.H. NEWMAN, *La idea de la Universidad*, 43.

¹⁴ J.H. NEWMAN, *La idea de la Universidad*, 45.

La primera predicación cristiana, hemos aludido a ello, se da en el mundo griego y en un judaísmo helenizado, sí. Pero esto, lejos de ser un problema, supone un acontecimiento único, ya que el encuentro originario al que ya he aludido se vertebra en torno al aparato crítico de la filosofía griega y acoge un relato que había configurado una sociedad, una antropología y una posibilidad de esperanza. Un punto muy interesante (que no deja de tener hoy sus aplicaciones pero que no podemos desarrollar aquí) sería el de considerar cómo la simbiosis del anuncio evangélico con la *paideia* griega permitió vencer el constante peligro de la gnosis¹⁵. Jaeger señala, por ejemplo, cómo en el libro los *Hechos de Felipe*,

al llamar «*paideia* de Cristo» al cristianismo, el imitador destaca la intención del apóstol de hacer aparecer al cristianismo como una continuación de la *paideia* griega clásica, lo que haría que su aceptación fuese lógica para quienes poseían la antigua. A la vez, implica que la *paideia* clásica está siendo superada, pues Cristo es el centro de una cultura nueva. Así, la *paideia* clásica se convierte en su instrumento¹⁶.

Desde el inicio de la predicación evangélica, preparada ya por el diálogo entre la comunidad hebrea y el mundo helénico al que hemos aludido más arriba, la *paideia* griega, cuya filosofía sirvió para dar forma a la apología, por un lado, y a mostrar que el cristianismo era la Verdad buscada por ese pueblo, tenía su origen en Homero. Al tiempo que permite huir de la gnosis porque la Verdad, el Logos, es una Persona que verifica el mito, no solo como un maestro que enseña una doctrina.

De este modo el cristianismo enlazaba con un modo de entender la cultura, la civilización que ofrecía al cristianismo la posibilidad de presentarse no como una secta religiosa más, por un lado, y como *paideia* universal, por otro. Es este sustrato el que configura una mente, un modo de ver, pensar y actuar en el mundo esencialmente distinto de cualquier otro. Tanto de otras religiones (que no ofrecen una filosofía sistemáticamente elaborada) como de otras culturas (que no cultivan el *logos* y la razón). Los mitos griegos no son relatos místicos.

Por eso, conscientes de esta realidad, los cristianos van a mantener las Humanidades como parte de su visión del mundo. Y así, a lo largo de la historia, la relación entre humanidades y academia va a mostrar su constante novedad y su independencia crítica. No son un elemento más de las cosas que se saben: son el modo de mirar el mundo y de mirarse, de comprender el mundo y de comprenderse.

¹⁵ Cf. W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, FCE, Madrid 1995, 21.

¹⁶ W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, 25.

Para concluir la exposición del modo en que se produjo esta mutua implicación desde el inicio del anuncio y comprender cómo sigue siendo la razón válida fundamental para incluir las Humanidades clásicas en la formación integral de la persona, destacamos con Jaeger cómo en la segunda mitad del siglo IV, con el cristianismo ya asentado en la cuenca mediterránea y proclamado como religión oficial del Imperio romano, se produjo un verdadero renacimiento de la literatura grecorromana.

Para todas ellas [provincias del imperio romano del norte de África y del Asia Menor] la tradición griega es el eslabón cultural supremo. [...] Lo que preservaron fueron ciertas tendencias básicas de la mente clásica en torno a las cuales pudieron cristalizar las ideas de su propia época. [...] El elemento helenista constituye su medio intelectual y determina su ritmo dialéctico, un gran ritmo histórico¹⁷.

Y es que el ideal de transformación de la persona, que en eso consiste la formación, la *paideia*, que fue un proyecto cultural inédito en la Historia se transfiguró con el cristianismo de modo que el ideal del hombre que en síntesis trasladó Homero se convirtió en una realidad: «La forma, el molde, es Cristo. La *paideia* del cristiano es la *imitatio Christi*: Cristo debe tomar forma en él»¹⁸.

6. La propedéutica para las ciencias

Este proceso que supuso un *continuum* durante el primer milenio de la era cristiana alcanzó con el paso a la Edad Media un nuevo esplendor que conviene reseñar, aunque sea brevemente. Por un lado, porque, lo hemos adelantado antes, el nacimiento de las universidades y los saberes ordenados científicamente no solo no supuso un abandono por superación de las Humanidades, sino que las suponía y se apoyaba en ellas. Y, por otro, porque podemos establecer una analogía con los siguientes cambios de época o crisis que sí supondrán un paulatino separarse de las Humanidades con la consiguiente pérdida de su presencia en la formación personal.

Leclercq analiza en un texto que se ha convertido en referente ineludible para explicar este paso, cómo la cultura monástica se desarrolló a partir de la formación en las Humanidades, razón por la cual él considera que san Benito no las menciona en su Regla: suponía monjes letrados¹⁹. Las escuelas medievales a partir de las que surgen las universidades (de monjes y de clérigos) enseñaban,

¹⁷ W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, 120.

¹⁸ W. JAEGER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, 129.

¹⁹ Cf. J. LECLERCQ, *El amor a las letras y el deseo de Dios*, Sígueme, Salamanca 2009, 27.

salvo raras excepciones, el *Trivium* y el *Quadrivium*, no la doctrina sagrada. Tal es la razón por la que, como recordaba Benedicto XVI en otro paradigmático discurso al mundo de la cultura, la Edad Media lleva a su esplendor ese diálogo entre fe y razón gracias a la formación intelectual y la contemplación. En los monasterios,

como cosa importante hay que decir con gran realismo que no estaba en su intención crear una cultura y ni siquiera conservar una cultura del pasado. Su motivación era mucho más elemental. Su objetivo era: *quaerere Deum*, buscar a Dios. [...] Puesto que la búsqueda de Dios exigía la cultura de la palabra, forma parte del monasterio la biblioteca que indica el camino hacia la palabra. Por el mismo motivo forma parte también de él la escuela, en la que concretamente se abre el camino. [...] El monasterio sirve a la *eruditio*, a la formación y a la erudición del hombre –una formación con el objetivo último de que el hombre aprenda a servir a Dios–. Pero esto comporta evidentemente también la formación de la razón, la erudición, por la que el hombre aprende a percibir entre las palabras la Palabra²⁰.

Esta observación nos ayuda a comprender que el vínculo entre el libro y la formación es más hondo de lo que parece a primera vista. La ruptura que se va a producir con el nacimiento de la Modernidad coincide con el cambio de finalidad en los estudios. Las universidades prescinden de las Humanidades porque su finalidad va a ser la formación de los profesionales o dirigentes que la nueva sociedad burguesa necesita –médicos, juristas, filósofos–. El humanista del Renacimiento empieza a considerarse un erudito al margen del quehacer académico. En París surgirá el Colegio de lectores reales (el posterior Colegio de Francia) fuera de la Universidad. Como resume el historiador marxista LeGoff:

Nada más llamativo que el contraste que hay entre las imágenes que representan trabajando al intelectual de la Edad Media y al humanista. Uno es un profesor enfrascado en su enseñanza, rodeado de alumnos, sitiado por los bancos en los que se agolpaba el auditorio, el otro es un sabio solitario en su gabinete de trabajo, cómodamente instalado en un aposento amplio y rico donde se mueven libremente sus pensamientos²¹.

Más allá de la lectura materialista que hace ese historiador, según la cual las Humanidades se reducen a una seña de identidad de clase, de aristocracia, sí es cierto que las Humanidades empiezan a alejarse de la enseñanza, de la formación. En un proceso que

²⁰ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins*, en https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2008/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20080912_parigi-cultura.html

²¹ J. LEGOFF, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona 2017, 155.

durará algunos siglos, claro. Si la *paideia* cristiana que se consolidó como forma cultural de toda una sociedad exigió más de diez siglos, no será fácil que los logros en las formas sociales y culturales alcanzados se diluyan fácilmente. En un cierto sentido puede estar ahí el origen de ese sello de clase que Plumb atribuía a las Humanidades. Pero en la medida en la que dentro de algunas universidades se mantuvo o recuperó el valor de las Artes Liberales, las Humanidades no quedaron asfixiadas por la asfixia que para la vida intelectual supuso la irrupción del método científico como único criterio válido de Verdad.

Pero, como el cardenal Newman explica, las artes liberales que se cultivaban en los conventos van a quedar fuera de la Universidad. LeGoff, historiador marxista, le da una explicación materialista y económica: la Universidad va a surgir en el nacimiento del mundo urbano (siglos X a XIII), de los burgos, como institución abierta al mundo y en la que los saberes tienen la finalidad de formar a los dirigentes (Filosofía, Derecho, Medicina). Según su explicación, las humanidades han quedado fuera de la universidad y se convierten en una forma aristocrática de antiintelectualismo. Tiene cierto sentido si admitimos que el escolasticismo ahoga la filosofía y la teología. El humanista del Renacimiento ya no será el profesor de la universidad medieval.

En este momento, que supone el paso a la Edad Moderna, hay una ruptura entre la ciencia y la enseñanza:

De manera que los humanistas abandonan una de las tareas capitales del intelectual: estar en contacto con las masas, mantener el vínculo entre la ciencia y la enseñanza. Sin duda el Renacimiento, a la larga, aportará a la humanidad la cosecha de un trabajo orgulloso y solitario. Su ciencia, sus ideas, sus obras maestras alimentarán más adelante el progreso humano. Pero el Renacimiento es al principio un repliegue, un retroceso. El advenimiento de la imprenta favorece al principio tal vez –antes de difundir por todas partes la cultura escrita– una retracción en la difusión del pensamiento²².

Como dice Lewis, «en nuestra sociedad la mayoría del conocimiento depende, en última instancia, de la observación. Pero la Edad Media dependía predominantemente de los libros»²³. El valor de la razón asociada a la fe va a sufrir un duro envite por el racionalismo y el cientificismo, dos formas de reducción de la razón con un origen compartido. Veamos un breve apunte al respecto para el que retomamos el discurso de Benedicto XVI en Ratisbona que citamos en el punto 4.

²² J. LEGOFF, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona 2017, 155.

²³ C.S. LEWIS, *La imagen del mundo*, Península, Barcelona 1997, 14.

7. Desencuentros y crisis de las Humanidades

Si el encuentro y diálogo entre fe y razón fue posibilitado, como vimos, por la adecuada comprensión del modo en que el mundo helénico había alumbrado la Filosofía, toda crisis en el modo de entender la razón va a suponer un conflicto, también, con las Humanidades que le servían de humus, de suelo nutricio. La deshe-lenización de la fe es la expresión teológica de un deseo por romper con las Humanidades y la universalidad de su proyecto formativo. También el cardenal Newman en la conferencia antes citada señala cómo un primer movimiento en la universidad medieval contra la educación liberal se dio con Bacon, aunque «no habría hecho falta recordarle que el progreso de las artes útiles es una cosa y cultivar el espíritu es otra»²⁴. Pero el movimiento en contra de los Clásicos había iniciado y la soberbia de la razón enfocada en lo útil y productivo empezaba a germinar.

Las tres etapas que Benedicto XVI en ese proceso vienen a coincidir con el progresivo deterioro del modo en que se perciben las Humanidades y su valor en la formación personal. Cuando la Reforma aleja la teología de la filosofía, las Humanidades ya han pasado a considerarse un adorno cultural de determinadas élites. Nos encontramos con la búsqueda de las certezas subjetivas en el Racionalismo y el Idealismo.

En el segundo paso, siglo XIX, «se utilizaba como punto de partida la distinción de Pascal entre el Dios de los filósofos y el Dios de Abraham, Isaac y Jacob»²⁵. El proyecto de la *paideia* cristiana ha desaparecido en la medida en la que se considera que las verdades subjetivas tienen una certeza de distinto tipo de la teológica. La búsqueda de Dios, Verdad, por los dos caminos que se complementan y conforman el espíritu humano de acuerdo con el Logos deja de ser un proyecto cultural, una forma compartida de ejercicio de la racionalidad. Surgen los grandes sistemas ideológicos con pretensión totalitaria. ¿Dónde quedan relegadas las Humanidades? Se van a refugiar en el movimiento romántico ofreciendo una alternativa al modo de configurar la imaginación, esto es, el modo en que la persona se percibe y se concibe en sus relaciones con el mundo, con los demás y con Dios lo que, a su vez, le permite diseñar su proyecto vital y social. El hecho es que el movimiento del Romanticismo adopta formas distintas en cada país y despierta o inventa mitologías de exaltación nacionalista por un lado, o arroja al individuo a un mar de emociones, pasiones y sentimientos sin discernimiento posible, por otro. La invasión del emotivismo en la

²⁴ J.H. NEWMAN, *La idea de la Universidad*, 46.

²⁵ BENEDICTO XVI, *Discurso del Santo Padre en la Universidad de Ratisbona*.

vida de fe es también un efecto de esta ruptura entre fe y razón por un lado, y del sujeto cristiano. No en vano una de las obras pictóricas emblemáticas de este período es el óleo *El caminante sobre el mar de nubes* del pintor alemán Caspar David Friedrich, clara imagen de esto último.

El papa Benedicto señala el relativismo cultural contemporáneo como la tercera etapa de la deshelenización. Claro que el relativismo tiene muchos matices y expresiones. Y en todos hay una huella de esta ruptura del encuentro originario entre fe y razón que podríamos explorar. Considero que la más relevante para destacar el valor de las Humanidades clásicas como elemento clave de la formación integral de la persona es el reverso de la que señala el papa. Si fuera posible destilar la pureza del Evangelio antes del encuentro con el mundo heleno, podríamos conseguir nuevas síntesis con otras culturas, por ejemplo, lo que haría que las Humanidades clásicas no fueran ni más ni menos valiosas que cualquier otra expresión cultural. Craso error. En el discurso de París lo deja claro: «Lo que es la base de la cultura de Europa, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura»²⁶.

Con esta apretada síntesis de los desencuentros entre fe y razón que han provocado las consabidas crisis en el valor y consideración de las Humanidades concluyo el hilo argumental con que al inicio de mi exposición me proponía mostrar cómo al perderlas perdemos la *paideia* cristiana, esa *forma mentis* que no es un mero contenido intelectual sino el modo propio del cristiano de estar y relacionarse con el mundo. Y más en concreto, cuando no hay una mente verdaderamente humana no es posible una mente cristiana. El estudio de la *philosophia perennis* o de la teología solas no conforma esa mente: la «encarnación» de ambas es posible si hay una encarnación en la que esa filosofía –y la teología que la usó como herramienta– puede sembrarse con esperanza de dar fruto. Creo que se puede afirmar sin miedo a equivocarnos que esa mente cristiana se da en quienes han profundizado en los estudios clásicos y no en quienes simplemente estudian filosofía o teología sin arraigarlas en ese suelo propicio.

8. Recopilando: ¿cuál es el objetivo de las Humanidades? ¿Por qué y para qué estudiarlas?

Como he venido mostrando, el objetivo fundamental de las Humanidades es conformar, dar forma a la persona. No son, por ello, propiamente hablando, ciencias sino artes encaminadas a la

²⁶ BENEDICTO XVI, *Encuentro con el mundo de la cultura en el Collège des Bernardins*.

sabiduría. Su saber es inútil, buscan conocer al ser humano y su sentido. Este «dar forma» es una consecuencia del contacto con las obras que las componen. Por lo mismo la literatura y el resto de las artes nos ponen en contacto directo con la Verdad, la Bondad y la Belleza propias de la persona. Espero que el argumento que he venido desarrollando haya mostrado cómo es necesario tomar distancia del problema particular o la coyuntura actual para comprender qué son y qué papel han desempeñado las Humanidades en la configuración de Occidente y, por tanto, de la propuesta universal cristiana y su *paideia*, en la generación de modos de vida personales y sociales que articulan de modo fecundo el encuentro entre fe y razón.

Los griegos con su *paideia* fueron los primeros en concebir la educación como ayuda a que el otro piense por sí mismo y sea capaz de acercarse a la realidad y de vivir en ella. No de vivir en un pasado idílico, que no fue, ni en un futuro utópico que no existe, sino capaz de imaginar-se en una realidad que ha de comprender y valorar de acuerdo con una jerarquía correcta. Las Humanidades han sido siempre el refugio de lo humano y el germen de lo nuevo en cada momento de crisis cultural, como espero haber mostrado.

Por eso su literatura, que es la nuestra, brinda la oportunidad única de examinar los problemas y las respuestas que el proceso de civilización presentó. Esos son los materiales de las humanidades. Los criterios de lo clásico. Sus autores descubrieron el modo de comunicar con la belleza y con el lenguaje. Lenguaje, literatura y religión se entrelazan de tal manera en Occidente que es imposible comprendernos a nosotros mismos sin esa conjunción. No extraña, por ello, que el papa Francisco dedicara una carta al papel de la literatura en la formación sacerdotal, aunque la amplió a la formación en general dado el panorama actual de la educación. Aunque habla de las grandes obras literarias en general, como dije citando a Italo Calvino, el modo de valorar lo clásico de esas obras va a exigir remitirnos al corpus o canon configurado en la literatura grecorromana. Decía el papa:

Es necesario recuperar modos acogedores de relacionarnos con la realidad, no estratégicos ni orientados directamente a un resultado. [...] la literatura se vuelve un gimnasio en el que se entrena la mirada para buscar y explorar la verdad de las personas y de las situaciones como misterio, como una carga de un exceso de sentido, que solo puede ser parcialmente manifestada en categorías, en esquemas explicativos, en dinámicas lineares de causa-efecto y medio-fin²⁷.

²⁷ FRANCISCO, *Carta del Santo Padre Francisco sobre el papel de la literatura en la formación*, en <https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2024/do->

Si queremos proponer un proyecto formativo fuerte y sólido, que será minoritario en su inicio, sin duda –el concepto de minorías creativas de Toynbee que hizo suyo Ratzinger ya en una charla radiofónica en 1968²⁸–, debemos dar el valor y lugar que les corresponde a las Humanidades clásicas. La *imitatio Christi* supone, como ya señalé, que hay un sujeto que concibe que su formación encarna el anuncio cristiano como la Verdad sobre el hombre y su esperanza de salvación. Sin las Humanidades es complicado crear un marco adecuado capaz de «imaginar» la historia de Dios con el hombre.

cuments/20240717-lettera-ruolo-letteratura-formazione.html [consultado el 27-08-2025].

²⁸ Cf. RATZINGER, J. *Fe y futuro*. Desclée de Brouwer, Bilbao 2007.